

**IV JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP
LA ARGENTINA DE LA CRISIS
Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones**

23, 24 y 25 de Noviembre de 2005

Mesa: N° 25, *La Protesta*

Ponencia:

*Empresas recuperadas en América Latina:
habitus salarial, autogestión y la paradoja del neoliberalismo*

Autor:

Daniel Badenes

Licenciado en Comunicación Social. Maestrando en Historia y Memoria (FAHCE)
Docente-investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
UNLP.

EMail: dani@badenes.com.ar

Dirección postal: Calle 9 N° 1538 Dto. 2 (La Plata)

Tel: (0221) 453-5021

Resumen:

Frente al cierre de fábricas inducido por un modelo de acumulación que ha desindustrializado a los países de la región, grupos de trabajadores han recuperado sus fuentes de trabajo mediante la autogestión de empresas que antes los empleaban.

Son las prácticas generadas al interior de esas fábricas recuperadas-autogestionadas –y no el acontecimiento disruptivo de la protesta inicial– las que condensan el potencial transformador del proceso. Aún cuando un *habitus salarial* los condiciona, se evidencian cambios culturales: nuevas prácticas comunicativas y lazos de solidaridad, aprendizaje o reapropiación de saberes antes vedados, resquebrajamiento de formas tayloristas; entre otras cuestiones. Las transformaciones son *emergentes* en su aparición y *necesarias* por lo imperativo de su profundización.

Con matices, estos procesos se han generado en Argentina, Uruguay, Brasil y otros países latinoamericanos, como se reconoció recientemente con el denominado “Compromiso de Caracas”. El miedo al desempleo, que durante años fue el factor disciplinante que facilitó la precarización laboral, se volvió el catalizador de la resistencia cuando esa situación temida tocó la planta “propia”. La recuperación de empresas a través de la autogestión es, en ese sentido, un producto del miedo. Y por eso el fenómeno encierra una paradoja: las prácticas autogestionarias, que al consolidarse ponen en cuestión la inevitabilidad de que un patrón mande y contradicen al *homo economicus* del capitalismo, son “hijas no deseadas” de la ferocidad de ese modo de producir.

La presente ponencia es fruto de algunas reflexiones desarrolladas en la Tesis de Licenciatura “*Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas*” (2005), la intervención en la investigación “*Reterritorializaciones emergentes. Nuevas formas de politicidad e identificaciones constitutivas de sujetos*” (2003-2005, dirigida por Alfredo Alfonso y coordinada por Magalí Catino) y la participación en el Primer Encuentro Latinoamericano de Empresas Recuperadas por sus Trabajadores, realizado en octubre de 2005 en Caracas.

Vivimos un tiempo de *crisis*. Vivimos en *crisis*. Ese concepto, que en el pasado era cercano al de *criterio* y aludía a un momento de decisiones, refiere hoy a un “estado de indeterminación o indecisión, de ignorancia con respecto al curso de las cosas y de incapacidad de impulsarlas en la dirección deseada...”; cuya profundidad es tal que “la percepción de crisis *precede* a la conciencia de la normalidad” (Bauman, 2001: 149-150). Es decir: no se trata simplemente de una etapa de turbulencias económicas. Han estallado certezas culturales propias de la modernidad sólida (Bauman, 2003) y pierden verosimilitud aquellos saberes que guiaban nuestra vida cotidiana, el trabajo, el modo en que habitamos el mundo y le damos un significado a nuestra existencia. Esta crisis generalizada de las sociedades occidentales contemporáneas (Castoriadis, 1997) se acentúa por los desplazamientos que provoca la globalización, que debe ser entendida no sólo como un proceso de reorganización del sistema económico a escala global, sino también como un *proyecto político*, en tanto hay intereses, estrategias y acciones concretas que han pugnado por la transnacionalización de las economías bajo el signo de un “fundamentalismo de mercado”.

En América Latina, en el marco de la redefinición neoliberal de la relación Estado-Sociedad, la licuefacción o el derrumbe de la legitimidad de sujetos, identidades, representaciones y formas de acción propias de una sólida institucionalidad moderna, ha sido acompañado por la emergencia de movimientos sociales, que se tornaron *visibles* públicamente en la última década, que forjan prácticas alternativas e insinúan la constitución de nuevos sujetos sociales.

Los ejemplos son tan vastos como complejos, móviles y originales. El Movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil, la experiencia del zapatismo en México, los indigenismos de Ecuador y Bolivia, plantean como novedad “la resolución de necesidades sociales sin tener el carácter de revolucionarios y/o totalitarios” en el sentido de aspirar a una *toma* del poder para subvertir el orden social. En cambio, “se trata de microdisidencias comunitarias, que tienen distintas

respuestas y actitudes frente al poder. Otorgando nuevos sentidos de subjetividad política y social, aunque guardando, por otro lado, una especificidad identitaria característica de las formas concretas de organización y lucha de dichos procesos” (Alfonso y Catino, 2002: 144-145). Aunque no porten objetivos políticos declarados, carezcan de racionalidades “orientadas y finalizadas” y sólo reivindiquen demandas puntuales o volátiles, “estas grupalidades erosionan desde los márgenes al sistema, alteran las formas de ejercicio del poder, reinventan los códigos de la comunicación a través de expresiones novedosas” (Reguillo, 1996: 88). En Argentina, el estudio de esta “nueva generación de movimientos sociales” (Zibechi, 2003: 38) ha tomado frecuentemente como caso emblemático al/los movimiento/s piquetero/s. No obstante, la recuperación de fábricas mediante la autogestión puede considerarse otro de los procesos colectivos que crean y recrean prácticas novedosas.

Del mismo modo que John Holloway y Raúl Zibechi (2003) caracterizan al movimiento piquetero como una experiencia de “zapatismo urbano”, la canadiense Naomi Klein ha considerado al movimiento de fábricas recuperadas como la urbanización de la propuesta del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil (Lavaca, 2004). Por sí solas, ambas comparaciones tienen más valor metafórico que explicativo. Pero esas metáforas expresan una coincidencia y nos llaman la atención sobre ese sentido compartido: aunque cada uno tiene sus características particulares, el zapatismo, los Sin Tierra, los piqueteros y las fábricas recuperadas-autogestionadas –entre otros– son movimientos sociales emergentes que expresan la crisis de ciertas instituciones y prácticas de los *tiempos modernos*.

En el terreno de la política clásica, la institución de los trabajadores era el *sindicato*, y su acción de protesta, la *huelga*. Esas definiciones, propias de la institucionalidad en crisis, tenían como sujeto a los trabajadores ocupados. Las reformas neoliberales plantearon un escenario de incertidumbres al propiciar el surgimiento de nuevas realidades: el cierre de fábricas y la desocupación masiva. Esos problemas no podían ser afrontados con huelgas ni

tratados por los sindicatos tradicionales, porque implicaban la pérdida de la condición de trabajador-ocupado. Pero de la cultura política de los trabajadores surgieron prácticas alternativas: así, quienes padecen la situación de desocupación se organizaron reconociéndose como un nuevo sujeto colectivo: *piqueteros*. Por su parte, hubo trabajadores que enfrentaron el vaciamiento, la quiebra o el cierre de las empresas que los empleaban y recurrieron a la autogestión de la producción. En ese sentido, a propósito de la ocupación y puesta en producción de la textil Brukman, Naomi Klein señaló que se trataba de “una nueva forma de movimiento laboral, uno que no está basado en el poder de dejar de trabajar (táctica tradicional de los sindicatos), sino en la firme determinación de mantenerse trabajando sin importar lo que pase”.

Aquellas coincidencias entre los movimientos sociales nos ofrecen otro dato, que tiende a convertirse en una necesidad epistemológica: la de admitir la existencia de procesos sincrónicos en América Latina. “Una sincronía histórica que, con mayor o menos énfasis en las distintas áreas, se reproduce desde la consolidación de los imperios coloniales hispano y portugués” y que llega hasta nuestros días: las dictaduras neomonetaristas desde mediados de los setenta y la implantación de “democracias” que convivieron con modelos de ajuste neoliberal (Argumedo, 1996: 159). No se deben desconocer las especificidades de lo local, pero tampoco dejar de lado que la región vive procesos en común. El fenómeno social que nos ocupa tiene expresiones en al menos ocho países de América Latina, aunque su dimensión latinoamericana ha sido escasamente observada por el periodismo y la academia. Allí radica la importancia del I Encuentro Latinoamericano de Empresas Recuperadas, realizado en octubre de este año, promovido por el gobierno de la República bolivariana de Venezuela.

Los países donde la recuperación de empresas mediante la autogestión es más relevante, en términos cuantitativos e históricos, son los rioplatenses. Precisamente, cuatro casos argentinos y tres uruguayos son los referentes empíricos del proceso de investigación al que

alude fragmentariamente esta ponencia, desarrollado “individualmente” en mi Tesis de Licenciatura (si bien aún estos textos, firmados y presentados en solitario, son una producción colectiva, sobre todo cuando se procura recuperar el punto de vista de los actores), titulada “*Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas*”, y como integrante del equipo encargado que lleva adelante la investigación “*Reterritorializaciones emergentes. Nuevas formas de politicidad e identificaciones constitutivas de sujetos*”¹.

DES/RE-TERRITORIALIZACIONES

El comportamiento capitalista, que siempre se guió por la búsqueda de lucro, también se ha transformado y radicalizado, influido por el clima cultural de la modernidad líquida. Finalizada la era del panóptico, al *capitalismo liviano* o “suave” (Nigel Thrift) le corresponde una nueva actitud empresarial: la desaparición “al estilo Houdini” (Bauman, 2003: 161): una “capacidad de eludir, elidir y escapar” reemplaza “al compromiso de vigilar-supervisar-entrenar como primera característica y derecho del poder” (Bauman, 2001: 132)

Esto es posible debido a que el proceso/proyecto globalizador ha desterritorializado a los poseedores del capital y el conocimiento, de modo que su localización geográfica es cada vez más irrelevante. “Los poseedores de poder económico y cultural no están espacialmente confinados; han cortado las ligaduras que los unían al «pueblo» en general, que *sigue siendo tan local como en la fase industrial de la construcción de las naciones*” (El destacado es mío). Esta frase de Bauman (2001: 132-133), quizá el sociólogo más lúcido de nuestros tiempos, desliza una crítica hacia las teorías que ven *todo* globalizado: es cierto que el capital se mueve sin fronteras, y cada vez más abandona sus negocios de un día para el otro; pero los trabajadores siguen ahí, en el espacio fabril, con presencia territorial y necesidades concretas.

¹ Proyecto de investigación trianual (2003-2005), inscripto en programa *Comunicación y Política* de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Director: Mg. Alfredo Alfonso (Categoría 1 en el programa nacional de incentivos). Coordinadora general: Prof. Magalí Catino.

Las autogestión, emergente de ese escenario de incertidumbre y desprotección, implica un proceso de reterritorialización (Ortiz, 1996). Si bien cada caso es único, porta una historia propia y tiene sus particularidades, al hablar de “fábricas recuperadas-autogestionadas” nos referimos en términos generales a este fenómeno por el cual los trabajadores se hacen cargo de empresas (en este casos del sector industrial) que fueron quebradas, vaciadas, cerradas o abandonadas por sus antiguos dueños. En un contexto donde la desocupación es masiva, los ex empleados resisten dentro o fuera de la empresa, defienden su fuente laboral, y terminan organizándose para producir en forma autogestionaria, en genera adoptando la forma jurídica de una cooperativa de trabajo (en Argentina) o de producción (en Uruguay).

El uruguayo Pablo Guerra (2004: 18-20) caracteriza cuatro tipos de problemas que afrontan estas empresas recuperadas: los pasivos de la gestión anterior (un problema propio de los casos charrúas), las dificultades para adquirir capital, la ausencia de políticas públicas y los “problemas vinculados a la gestión empresarial y la cultura organizacional”. Sobre estos últimos afirma: “los trabajadores dominan muy bien sus capacidades de ejecución de tareas, pero no han sido capacitados y no tienen experiencia para las diferentes labores que implica la puesta en funcionamiento de una empresa desde el punto de vista integral. Ocurren problemas, además, que tienen que ver con el cambio drástico que significa tener que tomar decisiones, controlar el trabajo, etc.”. Nos interesa ocuparnos de esta cuestión, situada el terreno de *lo cultural*. Reconocemos, en primer lugar, que los grupos sociales que han recuperado empresas no nacieron con una cultura autogestionaria, sino que la van construyendo en el proceso.

La compleja dinámica observada al interior de las empresas recuperadas-autogestionadas expresa la tensión entre un modelo laboral en crisis (que fue durante mucho tiempo lo hegemónico) y alternativas emergentes que lo contradicen.

Para el modo de organización que consideramos en crisis, caracterizado por la relación de dependencia obrero-patrón, la empresa es un espacio social dirigido por el capitalista; que planifica a largo plazo y mantiene con el trabajador un lazo relativamente sólido, traducido en la relación *salarial*; y donde lo productivo se estructura según los principios de lo que se ha denominado *fordismo* y *taylorismo*². Este modelo es parte de un *capital cultural incorporado* por los trabajadores, es decir, de lo que Pierre Bourdieu denominó *habitus*: esquemas de percepción, valoración y acción socialmente constituidos, que son “el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes”. El *habitus* es la apropiación de ciertas reglas dominantes y estructuras sociales por parte de los sujetos; aunque no debemos confundir *condicionamiento* con *determinación* ni creer que la formación de un *habitus* forja un sujeto a imagen y semejanza de lo dominante. Como “sistema de disposiciones”, es aprendido en la experiencia de ocupar una posición social determinada pero opera de un modo no-conciente: “el *habitus* lo llevamos en la piel y en la córnea. No lo vemos ni lo sentimos, porque mediante él ‘vemos’ y ‘sentimos’” (González, 1994: 79).

Esto explica que las transformaciones culturales que se generan en la recuperación de fábricas por vía de la autogestión estén cargadas de dificultades y limitaciones. No debe ignorarse que quienes recuperaron las fábricas que antes los empleaban vienen de largos períodos de trabajo asalariado, en los que la propia organización de clase (el sindicato) aceptó las relaciones jerárquicas del modelo patronal. La experiencia autogestionaria implica, así, la confrontación con un *habitus* que condiciona la mirada y las prácticas de los trabajadores.

² Está claro que en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI han surgido variantes en el modo de organización de la producción (toyotismo, posfordismo), que se presentaron como “superadoras” de la cadena de montaje fordista y la división del trabajo taylorista. No obstante, consideramos que lo central de esa estructuración de lo productivo aún siguió vigente, especialmente en las fábricas que serán objeto de recuperación/autogestión por parte de sus trabajadores. Reconociendo la existencia de otros planteos, tomamos el fordismo-taylorismo como la expresión más acabada o *pura* del modelo salarial y la institucionalidad moderna en crisis.

Precisamente, lo que se observa en las prácticas concretas es la tensión entre una cultura laboral en crisis que persiste como imaginario instituido, y las prácticas alternativas instituyentes cuya internalización requiere tiempo y obliga a rever las formas en que los sujetos concebían a su trabajo e incluso su propia identidad.

En la investigación realizada desde un enfoque sociocultural se señalaron varios “ejes dilemáticos”, que aparecieron reiteradamente en el trabajo etnográfico y evidencian esa tensión: al mismo tiempo que muestran la dificultad de romper con el *habitus* salarial, expresan la emergencia de un cambio cultural generado en la autogestión. Entre estos ejes se encontraban la disociación de roles y espacios, la problemática del reparto del excedente y la toma de decisiones, puesta en relación con las prácticas de comunicación (Badenes, 2005).

El “cambio de mentalidad” –según palabras de los propios trabajadores– es al mismo tiempo *emergente* y *necesario*. Es decir: el propio proceso, aún sin previsión ni dirección, provoca transformaciones culturales en la contingencia; pero es indispensable una decisión colectiva de profundizarlas para fortalecer la organización autogestionaria.

LOS CAMBIOS EMERGENTES

En el punto de partida de la investigación comentada aquí muy sintéticamente se diagnosticaron dos falencias en el *estado del arte*. En primer lugar, que la mayoría de los estudios previos habían priorizado aspectos jurídicos y económicos del problema. Nuestro análisis sobre las prácticas socioculturales y las construcciones de sentido de los trabajadores acerca de su identidad implicaba la exploración de una zona poco recorrida. En segundo lugar, que la mayoría de quienes habían pensado el proceso desde el lugar de la cultura, atendiendo a las vivencias de los trabajadores, tendían a mirar sólo las etapas iniciales. Sucumbían a la tentación de apropiarse de la lógica espectacular del periodismo, diría Rossana Reguillo (en Grimson, 2004: 266-267): la mirada estaba puesta en acontecimientos

disruptivos, que cosecharon cierta visibilidad mediática, como las tomas o las ocupaciones. También aquí nuestra propuesta es otra: mirar el proceso de autogestión, muchas veces invisibles para el ojo de los medios, pero fundamental para la constitución de nuevos sujetos, identidades, prácticas y relaciones de poder.

Es en las prácticas autogestionarias emergentes donde se condensa el potencial transformador del proceso de recuperación de fábricas. Son ellas las que cuestionan los principios de las formas patronales de organización empresarial. Es evidente que, aún cuando son incipientes y el *habitus* las condiciona, al interior de estas fábricas están en marcha transformaciones culturales: nuevas prácticas de solidaridad y comunicación, el resquebrajamiento de la clásica división taylorista del trabajo, la decisión colectiva de no repartir lo producido según jerarquías patronales, y la re-apropiación de saberes históricamente vedados por el capital, son buenos ejemplos de ello.

Una mirada centrada en la cultura nos permitió indagar estos cambios de largo aliento cuya conceptualización suele ser postergada por quienes desean y promueven transformaciones sociales. Creemos que ese desinterés es un grave error: las sociedades más justas y solidarias no se establecen con actos legislativos, como podría ser la modificación de los regímenes de propiedad. Razeto Migliaro (2002) es claro en ese sentido: no se logran modelos alternativos si sólo se discute la relación de los hombres con los bienes económicos, y no se modifican las relaciones de los hombres entre sí.

LA PARADOJA NEOLIBERAL

No se trata de plantear una visión idealista. Como dijimos, las transformaciones culturales son lentas, complejas y dificultosas. Y no es esa la única limitación del proceso; si también atendemos a un enfoque más estructural.

Indudablemente, las empresas recuperadas-autogestionadas revisten escasa significación a nivel macro-económico (en nuestro país son unas 180 unidades productivas; alrededor de 10.000 puestos de trabajo); aunque no hay ninguna regla que requiera que un proceso sea extendido para ser estudiado, ni masivo para traer aparejadas transformaciones.

Cualquier proceso socioeconómico como el de las fábricas recuperadas, en la medida que mantenga sus principios solidarios y prácticas alternativas, padece hoy una contradicción con un modo global de organizar la economía bajo otros paradigmas. Por el momento, la autogestión de una fábrica, como “modelo” alternativo, discute el *cómo* producir. No es poco, pero tampoco suficiente: aún está pendiente una revisión sobre el *qué* y el *para qué* producir. Los mecanismos de definición de lo necesario y lo rentable persisten en manos ajenas. Y actualmente, salvo ejemplos aislados (otra vez, sin peso macroeconómico) como ciertas experiencias de los movimientos piqueteros, no hay prácticas efectivas de organización colectiva de la demanda.

Sin embargo, hoy mismo la consolidación económica de muchas empresas recuperadas está patentizando que los “costos laborales” no eran la razón de nuestra impotencia productiva, como se repitió en años de extrema precarización, sino que –al contrario– el problema era el *costo patronal*. El proceso, en fin, empieza a poner en cuestión la inevitabilidad de que un patrón mande y se apropie de los excedentes, y no es poca cosa.

En ese sentido, el fenómeno de las fábricas recuperadas encierra una paradoja: las prácticas autogestionarias, que cuando se afianzan contradicen los principios del *homo economicus* del capitalismo, son “hijas no deseadas” de la ferocidad de ese modo de producir. Son el resultado del modelo de ajuste, privatización, re-regulación y concentración que durante años intentó justificarse como “única opción”.

Todos y cada uno de los trabajadores entrevistados en el trabajo de campo, argentinos y uruguayos, textiles y metalúrgicos, “calificados” y no tanto, explicaron igual el motivo que

los llevó a resistir, en lugar de salir a buscar otro empleador: *no había laburo en ningún lado*. Y admitieron que difícilmente lo hubiesen hecho en otra época. Pero frente a un sistema productivo devastado, el cierre de sus fábricas fue percibido como un sinónimo del fin del trabajo. El miedo al desempleo, que durante años fue el factor disciplinante que facilitó la precarización laboral, se volvió el catalizador de la resistencia cuando esa situación temida tocó las propias puertas. La recuperación de empresas a través de la autogestión es, en ese sentido, un producto del miedo. Esa es su paradoja.

Los ex empleados de fábricas quebradas, vaciadas, abandonadas, llegaron al cooperativismo y la autogestión por necesidad, no por convicción. Pero hoy reconstruyeron sus identidades; aprendieron –“*a los ponchazos*”– nuevas formas de organización que resquebrajan el *habitus* salarial y cuestionan el monopolio de la autoridad y del saber; tejieron lazos de solidaridad antes inexistentes; y la mayoría afirma que no volvería a trabajar en relación de dependencia. En fin: la crisis, protagonista de nuestros relatos sociales y marco cotidiano de nuestras inciertas vidas líquidas, es también el punto de partida de alternativas que sacuden el letargo que produjo en ciertos ámbitos la idea de “pensamiento único” y vuelven a potenciar nuestra imaginación (sociológica, comunicacional, antropológica, poética, política), reencauzándonos otra vez hacia la(s) pregunta(s) acerca de otros mundos posibles.

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ ALFONSO, Alfredo y Magalí CATINO (2002). “Una mirada sobre los procesos de constitución de los sujetos desde un abordaje comunicacional y educativo. El movimiento murguero de La Plata”. *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, año I, número 1, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, abril/mayo.
- ✓ ALFONSO, Alfredo, Daniel BADENES y Magali CATINO (2005). “Procesos de autogestión de fábricas: memoria, cultura y politicidad”. En: Anuario de Investigaciones 2004, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP (en prensa).
- ✓ ARGUMEDO, Alcira (1996). Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular. Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

- ✓ BADENES, Daniel (2005). Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas (Tesis de Licenciatura). Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, junio.
- ✓ BAUMAN, Zygmunt (2001). En busca de la política. Fondo de Cultura Económica (FCE), Argentina.
- ✓ BAUMAN, Zygmunt (2003). Modernidad líquida. FCE, Argentina.
- ✓ CASTORIADIS, Cornelius (1997). El avance de la insignificancia. Eudeba, Buenos Aires.
- ✓ GONZÁLEZ, Jorge (1994). Más (+) cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales. Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- ✓ GRIMSON, Alejandro –compilador– (2004). La cultura en las crisis latinoamericanas. CLACSO, Buenos Aires
- ✓ GUERRA, Pablo, Juan Pablo MARTÍ y Carlos AMORÍN (2004). Empresas recuperadas. Entre la reflexión y la práctica. Instituto Cohete - Nordan Comunidad.
- ✓ Lavaca (2004). Sin Patrón. Fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores. Una historia, una guía. Lavaca editora, Argentina.
- ✓ ORTIZ, Renato. (1996). Otro territorio. Universidad Nacional de Quilmes.
- ✓ RAZETO MIGLIARO, Luis (2002). Las empresas alternativas. Nordan Comunidad, Montevideo, Uruguay.
- ✓ REGUILLO CRUZ, Rossana (1996). La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. ITESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente), Guadalajara, México.
- ✓ ZIBECCHI, Raúl (1999). La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación. Nordan-Comunidad, Montevideo.
- ✓ ZIBECCHI, Raúl (2003). Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento. Piedra Libre, La Plata.
- ✓ “*Compromiso de Caracas en la ruta de la integración latinoamericana*”. Declaración del I Encuentro Latinoamericano de Empresas Recuperadas por los Trabajadores, Caracas, 29 de octubre de 2005.